Las experiencias con mis buenos maestros se mantienen vivas en mi quehacer docente

Juan Fernando Abarca Reyes

Doctor en Ciencias Jurídicas. Docente del Centro de Bachillerato Tecnológico Agropecuario núm. 191, Ayutla de los Libres, Guerrero. juanabarcar191@dgetaycm.sems.gob.mx

Antes de ser docente, jamás imaginé que llegaría a experimentar ese profundo sentimiento de desaliento y desesperanza al ver cómo, cada vez más, el rezago educativo de muchos estudiantes se ha incrementado. Lo que resulta aún más angustiante es que este rezago suele ir acompañado de una apatía y rebeldía generalizada por parte de los estudiantes adolescentes. Al menos, así ha sucedido repetidamente en la institución educativa en la que trabajo actualmente, ubicada en el municipio de Tecoanapa, Guerrero; uno de los municipios con mayor rezago económico no solo de la entidad federativa, sino tal vez incluso del país.

Lo que resulta aún más desalentador es descubrir que esas actitudes y esos bajos resultados académicos tienen un trasfondo mucho más complejo y profundo. Así lo pude comprobar aquella dura mañana de enero. En un intento por reducir los altos índices de deserción escolar y reprobación en la escuela, y dentro de mis funciones como Jefe de Departamento Académico, decidí hablar directamente con los alumnos de bajo rendimiento académico. Fue entonces cuando me di cuenta de que detrás de esos alumnos, etiquetados como “problemáticos” o “flojos”, se esconden, en su mayoría, problemas emocionales, familiares o sociales. Aunque ya había leído sobre esto en ocasiones anteriores, enfrentar esa cruel realidad de manera directa fue mucho más impactante y doloroso de lo que imaginaba.

Al enfrentar esa dura realidad, no pude evitar recordar que, en muchos momentos, yo mismo fui ese tipo de alumno que parecía ser incomprendido y del que muchos profesores se quejaban. ¡Cuántas veces me dije a mí mismo que nadie me comprendía! Pensaba que

nadie podría visualizar mis ideales como yo lo hacía y que en realidad no necesitaba las sugerencias ni los consejos de los docentes ni de los adultos que, según yo, trataban de controlar y dirigir mi vida. Recordé que, a pesar de mi resistencia a los procesos de enseñanza-aprendizaje, hubo algunas prácticas y actitudes docentes que me permitieron seguir formándome a pesar de las dificultades emocionales, personales y familiares que atravesaba en ese entonces.

Por ello, cuando decidí dialogar con los alumnos considerados "problemáticos", lo hice de la misma manera en que me hubiera gustado que me trataran cuando yo era estudiante. Procuré, en todo momento, evitar los gritos, los chantajes, las amenazas y, mucho menos, los prejuicios. Mi enfoque fue siempre escucharles, no solo lo que decían con palabras, sino también lo que comunicaban a través de sus gestos y expresiones no verbales. Aunque no fue fácil –nunca faltaron las bromas, distracciones y actitudes desafiantes– logré mantener un diálogo fluido con ellos. Les dejé claro que, en lugar de castigos, recibirían mi apoyo; y que todos nos beneficiaríamos si ellos ponían más empeño y adoptaban una actitud más positiva frente al estudio. Al final de la conversación pude ver en sus ojos una mayor seguridad y tranquilidad.

Pero, ¿cómo logré esto? La verdad es que esas buenas prácticas que han sido la base de mi trabajo docente a lo largo de mi carrera surgieron porque pude observarlas en el pasado. Fueron transmitidas por algunos de los docentes que me atendieron durante mis años de estudiante. Sin duda, esas acciones, esas palabras y esas estrategias siguen vivas en mí. Ellos me enseñaron a confiar en mí mismo y en los demás, a mantener la motivación hacia el estudio y la superación personal e incluso a buscar nuevas formas de superar mis límites.

En mi mente siempre están presentes los docentes que me mostraron que podía convertirme en un buen alumno y, sobre todo, en un buen docente. Algunos de esos maestros, hoy jubilados, como Javier y Abel en la primaria, Norberto, Alfonso, Rosalinda, Jaime en la secundaria y Ezequías, además de Tomás, en el bachillerato, marcaron profundamente mi formación. Otros más, cuyo legado perdura, ya descansan en un sueño eterno. Los recuerdo con cariño: Ana María y Marcial en la primaria, Primitivo en la secundaria y Celestino en el

bachillerato. Ellos, aunque ya no están con nosotros, nos dejaron un ejemplo de esfuerzo, dedicación y humanidad en sus aulas.

Hoy, aunque muchos argumentan que la educación y los contextos han cambiado, los docentes nos enfrentamos a nuevos retos como la falta de apoyo gubernamental, las escasas oportunidades de crecimiento profesional y la actitud apática de algunos estudiantes; la realidad es que las buenas prácticas docentes siguen siendo valiosas. Esas experiencias y enseñanzas que recibí en su momento siguen vivas en mí y sé que, al igual que me ayudaron a mí, también darán frutos con mis estudiantes. Así lo siento y lo creo firmemente.

Aunque mencioné a algunos de esos maestros que ya se encuentran jubilados o fallecidos, quiero rendir homenaje a todos los profesionales de la enseñanza que, con su forma de ser, demostraron que la vida en las aulas puede ser mucho más que un simple intercambio de conocimientos académicos. Esos maestros supieron que cada clase es una oportunidad para descubrir, para compartir buenas experiencias y para formar el carácter tan esencial para la vida cotidiana. Esos docentes, cuyas prácticas siguen vivas generación tras generación, dejaron un legado que se transmite de maestro a alumno y de alumno a maestro.

Por todo esto, siempre será un honor recordar que la docencia es una labor integral. Más allá de la formación profesional, requiere una calidad humana genuina y una visión diferente de la educación, entendida como un verdadero medio para transformar vidas. ¡De esos docentes, sus prácticas siguen vivas y seguirán vivas por mucho tiempo!